

La plenitud de la gracia de Dios y la total liberación de la persona humana, se me asemejan al proceso de apertura del capullo de una flor, de una especie de cactus, en el cual puede ser observado, con un poco de paciencia, como en un intervalo de tres a cuatro horas, este va liberándose de las ligaduras que lo mantienen cerrado en la “medida que pasa el tiempo”. Poco a poco, casi imperceptiblemente, este capullo se va soltando, abriéndose para dejar que lleguen hasta su interior, los rayos de luz “poco a poco”, lentamente, liberando amarras y exponiendo sus sensibles pétalos, al principio con miedo me imagino, a que los haces luminosos o la exposición al medio ambiente, le causen stress, quizás ardor; pero seguidamente, tanteando la vida, cobrando valor, andando seguro, ganando un espacio aparece una blanquísima pucha, anunciándonos el hermoso espectáculo que está por venir. Luego un atrevido pétalo se libera con desenfado mostrando su vigor; cuerda a cuerda, lazo a lazo, va alcanzando su total liberación.

Si no estás muy apurado y te atreves a la con-

templación, recibirás el premio de disfrutar de una hermosa y blanca flor llena de vida, respirando fragancia con altanería, se abrió completa ya sin ningún temor para recibir su cuota de luz. Se acabo el miedo, no más horror, con ímpetu y arrogancia enerva unos hermosos tentáculos pintados con amarillo polen a la vez que grita al mundo: Vengan a mí, nada me asusta, beban mi néctar, aspiren mi fragancia, he vencido al mundo. Yo soy todo amor.

Ya, “en tiempo real”, son nuestros miedos antónimos del amor, adquiridos en el proceso de formación de la estructura mental conformada por:

1.- Herencia genética.

2.- Conceptos primarios adquiridos en nuestro proceso de crecimiento y formación (hogar, escuela, medio social, etc.).

Los que nos atenazan con verdaderos grilletes sobre nuestra persona, no dejando que respondamos libremente y con la eficacia debida a las distintas solicitudes externas que nos hace la vida en el proceso de vivir, que no es más que eso; como en un juego, preguntar y responder, pero no pasivamente o lejanos, sino activamen-



te, comprometidos y cercanos, pues involucra todo nuestro ser (cuerpo y espíritu).

El Creador, como buen Padre, permite que al igual que el capullo de la flor vaya liberándose hasta alcanzar su plenitud, abriéndose completamente, nosotros mediante un proceso de aprendizaje continuo, vayamos adquiriendo nuevos estadios que nos hagan sentir seguros, para poder obtener otros y al final de los tiempos, de nuestro tiempo, mostrar una flor: una persona humana que venció los miedos, llena de vigor, abierta a la vida, pero fuerte por dentro, repleta de paz y esperándolo todo de esa luz, que ya no quema, llegando de cielo lejano, pero al cual ella aspira, donde vive su Dios, que es su Padre, el Padre de Amor y su Creador.



La plenitud

Por SABINO ALIM